

Murcia

Amparo Navarro Rodríguez, 87 años

María Inmaculada Pérez Puche, 26 años

LA HERMANA DEL CURA

Este es un relato vivo en un momento histórico imborrable de nuestra memoria colectiva y que cada vez se desvanece más en el tiempo. Esta es la historia de una mujer anónima. Sí, la inmensa mayoría de nosotros somos anónimos, pero la historia de Amparo Navarro Rodríguez es la historia de quien se olvidó completamente de sí misma, de quien ofreció su vida por seguir un destino aceptado desde muy joven. 'La hermana del cura', que dirían todos, la hermana del sacerdote don Juan Navarro Rodríguez, el amparo, el sustento de un hombre, la sombra de una obra que ella veneraba.

Amparo Navarro Rodríguez nació el 24 de mayo de 1921, en Yecla (Murcia). Hija de un agricultor y un ama de casa, fue la pequeña de nueve hermanos. Ha enterrado a sus padres y a todos sus hermanos, pero sobre todo ha enterrado a quien ha sido su vida entera, su hermano Juan. Vive con su sobrina y la familia de esta, una familia de ocho miembros, nueve con Amparo.

“Estábamos mi hermana Úrsula y yo en la calle jugando y yo le dije a Úrsula: Éntrate, porque venía una brigada de milicianos. Teníamos 14 o 16 años, como no había ni tele, ni cine, ni paseo, pues no nos dejaban salir por miedo, así que nosotras jugábamos en la puerta de casa como dos crías”.

—¡A las nenas no les hacen nada!, ¡a las nenas no le hacen nada!, dijo mi Úrsula.

—Pues yo no me fío y me meto. “Ella no quiso meterse”, cuenta Amparo muy emocionada. “La encañonaron y un hombre le gritó: ¡Métete que te disparo! A mi Úrsula le dió un algo, nunca volvió a estar igual, entró a casa gritando: ¡Madre, madre, que me quieren matar, que me quieren matar!. Al entrar cayó al suelo y se hizo mucho daño. Desde aquel día hubo partes de su cuerpo que quedaron como paralizadas, nunca pudo volver a andar bien”.

Pero otro episodio ha marcado la memoria de Amparo de forma especial.

“Toda la vida la he pasado con mi hermano Juan. Era habitual que cuando un miembro de la familia se hiciese cura se quedasen familiares cuidando de él. Nunca quise casarme ni tener hijos. Yo me di a la vida de mi hermano, a asistirlo, a cuidarlo junto con mi hermana Úrsula, ella tampoco se casó. Ambas tuvimos muchos pretendientes, los hombres me miraban, yo no sé por qué pues yo no era guapa la verdad, pero tenía mucha gracia y tuve pretendientes. Yo era feliz sirviendo a mi Juan, el sacerdote”.

“Para mí que mi hermano fuese cura, era lo más grande del mundo. Ser sacerdote era una gracia espiritual que nos traía el Señor a nuestra familia. Úrsula y yo nos encargábamos de hacerle la comida, de lavarle la ropa, de atender a las visitas. Úrsula murió y me quedé con mi Juan. He aprendido mucho de mi hermano, a él todo el mundo lo quería. Asistía a los moribundos incluso aunque le pudiesen contagiar enfermedades. Una vez un hombre murió de una enfermedad que llamaban 'el piojo verde' en sus brazos, le dijeron que no entrara a la habitación que se iba a contagiar. Mi Juan entró y el hombre se murió dándole las gracias y diciendo que se le abrían las puertas del cielo con su presencia en ese momento”.

“Fuimos por muchos pueblecicos, —continúa Amparo— donde le destinaban. El primer pueblo fue Seje y después a Alhama de Murcia, Santa María de Nieva, Yecla, Sangonera la Verde, Lorquí, Molina de Segura... Vivimos muchas historias, en cada lugar conocimos a mucha gente. Allá donde íbamos la gente nos recibía muy bien”.

“Una vez nos peleamos con un alcalde en Yecla (ya en la democracia) porque quería convertir una ermita en otra cosa diferente. Mi Juan consiguió una llave de la ermita y todos los días iba a decir misa. Por las



mañanas nos encontrábamos con un candado en la puerta que el alcalde mandaba poner para que no se oficiase la misa, pero mi Juan iba por la noche y lo rompía. A veces teníamos miedo por si un día lo esperaban y le hiciesen algo malo. El alcalde decía que el cura de San Roque se había apoderado de un edificio que pertenecía al Ayuntamiento, hasta vino la policía a nuestra casa en varias ocasiones para pedirnos la llave. Hubo conversaciones con el obispo de entonces que era muy amigo de Juan, había venido muchas veces a comer a casa y nos apreciaba mucho. El alcalde lo llamaba para que mi Juan devolviese la llave, el obispo nos decía que la ermita de San Roque pertenecía al obispado. ¡Juntamos una caja llena de candados rotos! (entre risas). Al final la ermita quedó como lo que era. Es la Ermita de San Roque.”

“El día más triste de mi vida fue el día que murió Juan. Una vida entregada a los enfermos y a los necesitados. Así se fue mi Juan. Cuando estaba para morir se le pidió que me perdonase si en algo le había ofendido alguna vez y él me dijo que ni se me ocurriera pedirle perdón por nada, ¡que yo no había hecho más que el bien por él toda la vida!”

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

–¿Amparo, qué es para ti lo más importante de la vida?

–El Amor. Dios es Amor. El Amor lo es todo.

–¿Qué es lo contrario del Amor?

–El odio, la envidia, el vestir malamente.

–¿Cómo ves el mundo en este momento? ¿Cómo ha cambiado todo?

–Está el mundo completamente engañado. ¡Nada más que van a lo material!, ¡a lo material!

–¿Qué es para ti la muerte?

–Mujer, tiene que dar miedo. Pero si lo tomas como que tenemos que morir todos y lo pones en manos de Dios, no es tan mala la muerte. El final de mi vida está en el cielo. Para la eternidad.

–¿Qué es la vejez?

–Pues como yo la llevo es penosa para aquel que está conmigo, para mí no. A mí me gustaría andar más ligera y poder hacerle la vida más fácil a los demás.

–¿Qué es la vida?

–La vida si se acepta tal y como viene con todo lo bueno y lo malo ¡es lo más grande!.

–¿Si pudieras pedir un deseo, qué pedirías?

–Andar más ligera, sólo si me conviene, si es voluntad de Dios.

–¿Volverías a vivir la vida que has vivido?

–Mañana mismo, hoy mismo. Volvería a vivir la misma vida, estar con mi Juan, asistirlo en todo.

–Muchas gracias por todo, Amparo.

–Gracias a ti, tienes que venir más veces, nena.